



FRANCISCO CANCIO
MALVINAS
LA GUERRA REVISADA



Francisco Cancio

Malvinas

La guerra revisada

El presente libro recibió el Premio de Historia Naval
«Librería Náutica Robinson» en su Tercera Edición (2019)

 Planeta

Cancio, Francisco

Malvinas : la guerra revisada / Francisco Cancio. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2022.
328 p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-950-49-7650-9

1. Guerra de Malvinas. I. Título.
CDD 997.11

Este libro fue publicado con el nombre *Enmienda: una revisión de la causa y el actuar argentino en la Guerra de las Malvinas* en el año 2020

© 2022, Francisco Cancio

Todos los derechos reservados

© 2022, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

1ª edición: abril de 2022
900 ejemplares

ISBN 978-950-49-7650-9

Impreso en Boldt Impresores,
Pinzón 925, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
en el mes de marzo de 2022

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

LA GUERRA EN LA TIERRA

La primera vez que conocí a un soldado argentino fue en casa de Agustín O'Reilly. No nos conocíamos y después de varios correos y un par de llamadas Agustín accedió a organizar un encuentro con veteranos de la guerra en su propia casa. Todo esto fue por mediación de Fernando Cortiñas. Agustín es padre de una familia numerosa y pertenecen a una Argentina que me atrevo a calificar de patriótica. Percibí enseguida que de alguna forma están comprometidos con esa recuperación de la memoria olvidada de la Guerra de las Malvinas. Fue un domingo, al día después de llegar, y traté de llevar algún detalle para la cena. Alberto insistió en que tomase alguna de las varias botellas que habían sobrado del asado del día anterior. Me acerqué ya de noche en taxi a su casa y pasé muy cerca, por primera vez, del monumento a los caídos en Malvinas, donde hay guardia militar permanente. Una vez más sentí la soledad y el viaje hacia lo incierto. Ni conocía a Agustín ni sabía nada de los veteranos. Al llegar, me esperaban sentados en el salón Esteban Tries y Manuel Villegas, en una casa llena de niños que correteaban preparándose para ir a la cama como en cualquier noche de domingo de cualquier familia del mundo. Me avisaron de que sería una cena modesta, «tomaremos unas empanadas» me dijo. Las empanadas son un manido recurso en Argentina para casi todo. Rellenas de

carne resultan muy sabrosas y satisfacen perfectamente cualquier hambre. Es también un alimento social. La empanada se reparte y uno toma una, dos o tres, y sigue conversando. Al principio, lo recuerdo muy bien, tanto Esteban como Manuel me miraban con simpatía, pero al tiempo con reserva. Me pidieron hablar primero. Eso me sucede muchas veces, pero más en Argentina que en Inglaterra. Todos quieren saber qué pinto yo investigando estas cosas.

Las Malvinas son un asunto sensible y es siempre un espacio tenso, de controversia, y a veces también de demagogia. Un terreno plagado de leyendas y mitos que han calado hondo y que Esteban y Manuel tratan de matizar desde hace unos años. Días más tarde comprendería las razones que explicaban sus reservas y la necesidad que albergaban de saber un poco de mis intenciones antes de hablar, por mucho que el aval de Agustín sirviera de plácet, que, si lo era, fue por mediación de Fernando. Tras descorchar el vino y un poco más tranquilos, Manuel poco a poco accedió a responder a mis preguntas. Tries y Villegas, Villegas y Tries, representan algo así como la voz sensata de los veteranos, entonces suboficiales y soldados rasos. Su representación es muy variada y abunda en la mayoría la buena fe y el reclamo bien intencionado, pero también anida en otros la serpiente que obra tan solo en beneficio del político, y no de la justa memoria, o bien al que lo guía tan solo la venganza, o bien aquel que aprovecha su condición para arrogarse de hazañas y méritos falsarios. Esteban y Manuel, hasta donde los he conocido, representan por el contrario la moderación y la defensa de un reclamo justo. Ellos no combatieron entorchados con galones ni sentados en el *cockpit* de un caza, representan a la gran mayoría de los cerca de 6.698 combatientes desplazados a Malvinas por el Ejército de Tierra. Fueron a Malvinas con sus uniformes

verdes, con su fusil FAL¹ y su mochila; como infantes, ni tanto ni tan poco. Villegas de sargento y Tries de conscripto. Llegaron a las islas tan solo unos días después de la invasión con el grueso de las fuerzas de infantería movilizadas en la primera quincena de abril —luego vendrían más— para reforzar a ese grupo de 500 efectivos que quedaron tras el 2 de abril como mero contingente de fortuna, cuando se pensaba que todo quedaría arreglado tras unas sesudas negociaciones en Nueva York al amparo de la ONU y que fue necesario reforzar a medida que las cosas se fueron complicando. Pertenecían a la Compañía A «Tacuarí» del Regimiento N° 3 de La Tablada de Buenos Aires, encuadrada en la Brigada de Infantería Mecanizada N° 10, que acudió al teatro de operaciones sin sus vehículos, al igual que los demás regimientos, el número 6, y el número 7. Llegados a este punto y pensando en el interés de los lectores ya instruidos en la Guerra de las Malvinas bueno es que refiera un poco al respecto del conjunto de fuerzas y armamento desplegados finalmente en el llamado «Teatro de Operaciones del Atlántico Sur» por el Ejército Argentino. En su denominado «Informe oficial» se detalla que en total fueron desplazados 6.698 combatientes de infantería encuadrados en los regimientos 3, 4, 5, 6, 7, 8, 12, 25 y una sola compañía del Regimiento 1. Además, 250 hombres pertenecientes al arma de caballería (escuadrones de exploración y secciones equipadas con el vehículo *Panhard*). Un total de 240 hombres pertenecientes a las Compañías de Comandos 601 y 602 y al Escuadrón de Fuerzas Especiales de la Gendarmería Nacional. El arma de artillería desplegó un total de 617 hombres agrupados en el Grupo de Artillería N° 3 y el Grupo de Artillería Aerotransportada

1. «FAL» es la abreviatura de Fusil de Asalto Liviano, fusil reglamentario del Ejército Argentino.

Nº 4, y 574 efectivos pertenecientes a los Grupos de Artillería Antiaérea 601 y 101 (tan solo una batería), a los que hay que sumar los 705 pertenecientes al cuerpo de ingenieros, los 339 de comunicaciones y los 244 pertenecientes a la Aviación del Ejército, básicamente pilotos de helicópteros que prestaron un servicio crucial durante la guerra, junto con los 64 de Policía Militar y los 6 de la única sección de Inteligencia desplegada. Constan también en el citado informe el número preciso de personal sanitario, un total de 86, y el número de religiosos presentes, que asciende a un total de 11 presbíteros y reverendos; sin que conste precisión sobre el número de efectivos relacionados con la logística y transporte, ni tampoco del personal destinado al registro necrológico, que en toda guerra es de sumo imprescindible. En total la suma que declara este informe asciende a 9.834 efectivos. La fuerza de infantería propiamente dicha (6.698 hombres) se agrupó en un total de 8 regimientos, que de media sumaban 762 combatientes por unidad.

La «guerra en la tierra» fue así, en gran medida, la guerra de los infantes, de esos soldados que cavaron un pozo de zorro, comieron de rancho y pasaron frío. Llegaron el día 10 de abril y volvieron al continente bien heridos (Villegas), bien prisioneros (Tries). Ese tiempo los marcó para toda la vida. Los dos conforman hoy una suerte de hermandad surgida del combate, de un combate ciertamente breve porque tan solo combatieron una noche, la del 13 al 14 de junio, en la que Villegas fue herido y Tries le salvó la vida junto con otro soldado, tratando de alcanzar una posición en el sector de Wireless Ridge, una de las colinas montañosas que rodean la capital de Puerto Argentino; formada por sedimentos rocosos esparcidos al buen tuntún que permiten el parapeto y complican la toma «lim-

pia» de la posición, pues su desorden confunde las zonas amigas de las enemigas. De noche, y en un mar de fuego, bajo un teatro «espectacularmente diabólico», Villegas tomó el mando del ataque, «Dios ya ha hecho sus planes» se dijo, y salió el primero en avanzadilla. Enfrente estaban los ingleses del 2º Regimiento de Paracaidistas. Comenzó la penetración y a los pocos segundos una bala hiere en el abdomen a Villegas, que cae a plomo. Tries y Cerezuela están detrás y paran. Cuerpo a tierra. Tries habla con Villegas, «¡Mi sargento!, ¡mi sargento!», Villegas le grita: «Tire, Tries», le dice, «tire», pero Tries se da cuenta de que, si tira, Villegas cae directo en su línea de disparo. «No, mi sargento, que le doy, muévase». Se oyen insultos, juramentos, y órdenes apuradas. En esto que Villegas ve su fusil tirado cerca de donde ha caído abatido. Extiende su mano a duras penas para alcanzarlo y poder defenderse. Por todos lados caen bolas de fuego que prenden las cazadoras de combate *Davet* y lo queman todo. Se oyen disparos y se ven trazadoras por todas partes. Justo en ese momento, cuando los dedos del sargento herido casi alcanzan la culata del fusil, otro certero disparo hiere la mano de Villegas con extraordinaria precisión. En alguna de esas rocas esparcidas al tuntún hay un inglés parapetado y oculto con un arma de mira telescópica que lo está viendo todo y que bien podría haber rematado a Villegas. Sin embargo dispara a la mano. Tries se da cuenta de ese dato y se saben perdidos, no hay posibilidad de iniciar movimiento alguno, Villegas también se da cuenta de que están rodeados. El Regimiento 7 que debería estar ahí no está. Están solos. Villegas se desangra. En esto que Tries, que es un joven de 19 años, un recién licenciado del servicio de la clase 62 con un año de colimba², que

2. La «colimba» es la expresión popular con la que se conocía en Argentina al Servicio Militar Obligatorio.

había comenzado sus estudios de ingreso en la universidad, y que lleva casi sesenta días muerto de frío y mojado hasta las trancas, que ha vivido un duermevela de cerca de treinta noches escuchando sin parar los bombardeos navales, que ya ha visto a esas horas morir un compañero de su compañía, a Julio Segura, abatido por las esquirlas de una bomba... solo piensa en terminar con esa locura vivo o muerto. «Creíamos que éramos inmortales» señala mientras recuerda. Tries solo quiere volver a casa. La fantasía de que podrían todos juntos se fue. En eso que decide levantar las manos, dejar su fusil en tierra y le pide a Cerezuela acompañarlo y sacar a Villegas de ese infierno. Cerezuela responde sin titubeo y van los dos, manos en alto. En la noche, en medio del volcán de fuego, el inglés los ve, pero respeta sus vidas y, en lugar de disparar, les permite retirar al compañero y retroceder unos metros hasta una posición menos expuesta. Toman al sargento, lo arrastran y caminan después ocho kilómetros con él cuesta abajo hacia el hospital argentino. Allí, tan solo unas horas después terminará la guerra, mientras ellos, abatidos entre el desorden de la plaza rendida y el agotamiento extremo de casi 48 horas sin dormir, esperan a la puerta. Más tarde sus vidas comenzarán a trazar senderos distintos. Cada uno tendrá su particular regreso con un solo factor común, soldados argentinos que perdieron la guerra.

Después de toda una época de angustia, reconstrucción personal, y tras años de alejamiento, un buen día volvieron a encontrarse y desde entonces colaboran en mantener vivo el recuerdo de la guerra hasta donde pueden, con medios modestos y con un gran compromiso personal. Tratan así de desmontar todos esos tópicos que mal traídos han configurado una idea equivocada de lo que fueron los «chicos de Malvinas». Los dos fueron también víctimas del

desprecio, del olvido, de la culpa gratuita. No niegan algunas de las leyendas de la guerra, como por ejemplo la de la mala alimentación, o la de planificación caótica en algunos momentos... pero luchan contra esa imagen de pibes mal instruidos, arrastrados al combate a la orden de una Junta Militar ebria y alocada.

Sufrieron privaciones y dejaron a compañeros que yacieron para siempre en la turba de las islas, vivieron experiencias de una intensidad terrible y no pueden contemplar por más tiempo el triunfo de una versión que no comparten; porque ellos, sencillamente, estuvieron allí y porque ellos con su instrucción, peor o mejor, lucharon cuando llegó el momento, dispararon y no corrieron huyendo de esa alcazaba de Monte Harriet... Dos Hermanas... Monte Longdon o Tumbledown. Esa resistencia frenó al enemigo y le causó daño, y debo imaginar que, cuando uno está ahí dispuesto a darlo todo y lo da, no puede después asistir silente a la insidia de la mentira sobre lo que allí pasó. Dedicar gran parte de su tiempo a impartir charlas, a difundir por la radio y explicar por qué lucharon y cómo lucharon. Ese es su modelo de acción. Haciendo memoria... sin negar en las distancias cortas los aspectos controvertidos que efectivamente «no lucen bien en el conjunto de la foto», pero que en lo esencial rebaten la idea de una guerra alocada de «pibes» mal instruidos e incapaces. Ellos lucharon y cumplieron, y como alguien dijo, podían perfectamente haberse escondido y haberse librado con cualquier excusa porque... como todo en esta guerra, la decisión de movilización se tomó con el pie cambiado, *a la carrerilla* y ciertamente no todos fueron. En los informes se puede leer cómo en algunas unidades la falta de presentación de los soldados de la clase 62 forzó necesariamente la llamada al combate de los de la clase 63, que

apenas tenían un mes de instrucción, pero que en todo caso fue una ínfima minoría. He estado con ellos en varias ocasiones y quizás la forma más leal de trasladar el contenido de su mensaje pasa por replicar una de esas charlas, en concreto la que impartieron en Bahía Blanca ante un conjunto de adolescentes. Como estuve en esa ciudad, los rostros, el tono... el ambiente me resultan familiares y casi casi me siento sentado en uno de esos pupitres. Dice Esteban: «La verdad que es un placer compartir este momento con ustedes. Hace unos años, no muchos, un grupo de veteranos nos reunimos y analizamos qué quedaba por hacer en relación con Malvinas. Algunos habían decidido pelear por los derechos... por las pensiones... por los heridos... por la asistencia médica y psicológica. Nosotros advertimos que, cuando uno ve cómo se habla de la guerra —el qué nos queda—, solo ve las referencias a las miserias, que si maltratos, que si hambre, que si cobardía, que si fuimos obligados y amenazados. Y la gran mayoría hablamos y coincidimos. Esa no fue la guerra que vivimos... parece que existe el objetivo de defenestrar la guerra, de bañarla en deshonra. Yo no voy a contar lo que sintió un piloto de *Mirage*. Yo voy a contar lo que viví en un pozo de zorro. Malvinas no es la miseria, vamos a contar la verdadera historia». Supervivencia... amistad... valores —en esto caigo mientras escucho— que no solo guían el interés de Villegas y Tries por contar una experiencia histórica que es de todos los argentinos. También hay algo de ánimo voluntarioso por contribuir... por influir desde su pequeño espacio de resonancia a una recuperación de valores perdidos en una sociedad muy diversa y zaherida por el decurso de los últimos años. Hablando de «Las Malvinas» en municipalidades, colegios y escuelas, Villegas y Tries tratan de hacer un poquito para que los niños entiendan que viven en un país de valientes y para que comprendan que no todo es

«plata en el bolsillo». Esteban continúa comparando la colimba con una gran familia. Refiere a la hermandad, al compañerismo. Los niños están hoy carentes de eso. En la guerra se vive todo. «Viví todo lo que le toca vivir a un hombre, el miedo, el terror, el hambre, el frío, aprendes a encontrar la fuerza que te da Dios, a agradecer todos los días tantas cosas que solo se valoran cuando no las tienes. La plata no sirve para nada, yo fui con cien pesos y volví con cien. ¿Para qué transmitírselo? (les dice terminando la charla). Ustedes son el futuro, los que nos van a guiar. Aprender día a día. Ese es nuestro objetivo. Dicen que mandaron a los chicos a una guerra por culpa de unos borrachos, que fueron maltratados, que los mandaron a invadir, ¿qué invadir?, si son nuestras...».

Si uno se pone a indagar, lee y descubre que los planes para recapturar las islas ya estaban diseñados en el gobierno de Isabel Martínez de Perón, que el vencimiento del plazo de los 150 años no era cualquier cosa, que era necesario un reclamo enérgico, que el desembarco fue absolutamente extraordinario, ni una sola baja inglesa. Percibo aquí que Tries, y en general gran parte de los excombatientes, conocen poco del incidente Davidoff, de las presiones del *lobby* de las Falklands para frenar la iniciativa del *lease back*, tumbada en el Parlamento británico bajo un acalorado vocerío y, en general, de la escalada bélica que de alguna forma avanzó los acontecimientos y forzó la decisión de tomar las islas. Vuelvo a lo mismo: que existiera un plan no quiere decir que la decisión de un acto de fuerza inmediato, tan próximo, estuviese plenamente decidida. Tries les cuenta a los muchachos cómo los infantes de marina argentinos se enfrentaron a tiros contra los defensores ingleses tomando precauciones para no herirlos, «haciendo fuego hacia arriba» para no provocar bajas en el enemigo. Fue la

única recuperación de un territorio que se conoce donde los prisioneros fueron tratados con una elegancia extraordinaria. «Si usted se quiere marchar, váyase, agarre a su familia, y aquí está el pasaje». Así se hizo porque se pensó que sería mucho más fácil negociar bajo un previo «incruento». Esteban les cuenta a los adolescentes las razones de la euforia vivida en el continente tras el 2 de abril... porque, a diferencia de la educación que reciben ahora, el mapa de Malvinas estaba en todas las clases. «Nos sabíamos el himno, sabíamos de su fauna y flora». Las Malvinas eran una cuestión independiente del juicio sobre la dictadura. A Galtieri lo insultaron en la Plaza de Mayo cuando se decía representante de la nación. «¿Cómo un flaco de 18 años se pone el casco, toma el fusil y se va a la guerra?», dice Esteban. Refiere entonces al servicio militar obligatorio... lo que ellos llaman «pasar la colimba»: «Teníamos lo bueno, que es que nos formábamos como persona, la sociedad era totalmente heterogénea. Hijos de empresarios y políticos con un poder adquisitivo muy alto. Gran cantidad de clase media, y una gran cantidad de pobres. Todos allí. Algunos no sabían lo que era un cepillo de dientes ni sabían qué era comer dos veces al día, otros habían estado presos, vivían en casas levantadas tan solo con cemento. Se aprende a convivir. Muchos se hicieron la cama por primera vez. En la colimba tienes un instructor, tienes un líder, pero piensas: ¡a mí qué me van a enseñar!, si yo nunca voy a tirar... Nos equivocamos... Yo ya me había ido de baja y estaba estudiando el ingreso en la facultad. Fue llegando el mensaje de que todos los soldados licenciados tienen que volver al cuartel. La voz corrió de forma informal. La gran mayoría volvió, y volvimos porque mis amigos estaban adentro. No volvimos por amor a la patria o porque nos amenazaran. En mi caso fue la amistad construida durante aquel tiempo con mis compañeros. Fue el Jueves Santo del 8 de abril. Al

llegar vimos una película de *Rambo*, todos los reflectores encendidos, los helicópteros con las aspas girando. ¡Yo esta película no me la quiero perder!, pensé», exclama Tries recordando aquel día. Manuel, por el contrario, no estaba en la colimba; era el sargento de ese pelotón de jóvenes y había sido el instructor de esos muchachos que volvieron de nuevo. Recuerda la enorme alegría al verlos llegar, la satisfacción de los resultados de esa movilización cursada sin internet y con muy pocos teléfonos, de boca en boca. Cualquiera podría haberse escondido o haber pergeñado una perfecta excusa para evitar la obligación, al fin y al cabo imposible de comprobar. «La desmalvinización, el olvido deliberado de Malvinas dice que nos llevaron arrastrados; eso es mentira», dice. Hubo casos como el del maestro Julio Cao, que ejercía en una escuela de La Matanza, en el Gran Buenos Aires. El hombre, casado y con hijos, se presenta ante el regimiento. «Usted está de baja», le dicen, «despidase de sus compañeros y váyase a su casa». Él contesta: «Mi capitán, soy maestro, ¿cómo voy a hablar a mis alumnos de San Martín si cuando su maestro tuvo que defender a la patria se escondió bajo un escritorio?». Alguno de esos compañeros no se quiere ir a su casa, se van al baño, se cambian las ropas y más tarde, en el colectivo, la treta no funciona y lo detectan. El tipo sale de nuevo despedido hacia su casa, sin embargo espera a que la cola de micros continúe y se mete en el último camión para poder ir a Malvinas. La gran mayoría de esta gente fue con ese ánimo. Es cierto que hubo una improvisación muy grande. No se habían previsto ni vestimenta ni comida para tanta gente. «Los generales habían leído muchos libros pero no supieron anticipar la realidad», dice Manuel. Hubo casos de todo tipo pero en general la gente se comportó con dignidad y puso en valor lo mejor de sí mismo, por eso duele ese dibujo tan simple. Villegas cuenta entonces el caso del sol-

dato Cerezuela, ese mismo que con Tries lo rescató herido cuando yacía a merced del francotirador inglés. Cerezuela es un conscripto de la compañía que, en el fragor del combate, no duda en rescatarlo de noche bajo un fuego infernal. Cerezuela le había contado a Manuel, su sargento, recién llegados a Malvinas que: «Mi vieja tomaba y me mataba a golpes de pequeño, así que me fui de casa y me paré en una estación de servicio pidiendo comida, trabajé de acá para allá y nunca trabé contacto permanente con nadie». Cuando llegaba la correspondencia a Malvinas, el grupo entero formaba y Cerezuela nunca recibía carta alguna. «¿Se acuerda de que yo no tengo familia?», le decía a su sargento. «Ya me ocupo yo de montar guardia, que total no voy a recibir ninguna». «Me quedo pensando», dice Villegas. «Este tipo está viviendo una guerra y no tiene nadie quien le escriba». Villegas obró en consecuencia y recomendó a los demás soldados de la compañía que por favor mandasen instrucciones al continente para que «alguien» escribiese una carta a su nombre. Un buen día la recibió y dejó de ser un abandonado del mundo y sintió así un pequeño empujoncito para aguantar, allá en aquellas islas perdidas de la mano de Dios. Esas cartas familiares, aunque fuesen con trampa como la de Cerezuela, parece que atenuaron en mucho la tensa espera del combate. Estaban las recuerda perfectamente como un verdadero caudal de aire fresco y hay que diferenciarlas de aquellas otras que las chicas de todo el país enviaban dirigidas a «un soldado argentino» sin precisión de nombre ni apellidos. Las chicas escribían con candidez de adolescentes animando, reconfortando y reconociendo el valor de sus soldados. También enviaron letras llenas de ternura, que en aquellas noches de infierno llevaron en volandas a más de uno, imaginando un cuerpo o soñando un rostro. Más de una carta llevó impregnado el olor de un perfume o con el detalle de las

medidas de la remitente. Al terminar la guerra se cuentan algunos casos de encuentros e incluso de matrimonios surgidos de esa anónima relación epistolar que durante los setenta y cuatro días rompió el tedio y alivió la tensión.

En este punto se introduce uno de los aspectos más interesantes de la batalla en las islas y que explican su desenlace: el agotamiento psicológico del defensor aferrado a una posición inmóvil que «espera» al enemigo durante semanas sometido a un fuego naval impertérrito que todas las noches —siempre la noche como factor de ventaja— aturde a la tropa argentina que espera y espera. La guardia es bajo condiciones severísimas de frío y humedad, ciertamente complicadas de resolver por cuanto el clima es inclemente y las posibilidades de defensa a ese fuego naval continuo eran mínimas. Tan solo más mudas o ropa más abrigada habrían mermado ese efecto devastador que no pudo preverse porque mucho me temo que el Ejército Argentino no trabajó nunca en esa hipótesis de conflicto y, en consecuencia, ni supo ni pudo organizar mejor otro sistema de presencia y defensa. Se abre el debate, a veces, respecto de la selección de las unidades enviadas y es muy posible que «otras» podrían haberse desenvuelto mejor en estas circunstancias. Expertos habrá que lo clarifiquen. No he conseguido todavía analizar bien cuál era la composición de las fuerzas del Ejército Argentino en 1982 y se habló mucho de los paracaidistas. En cualquier caso, llama la atención que un factor determinante para suavizar los efectos de la espera, la movilidad, fuese radicalmente descartado. El propio informe oficial al que ya me he referido afirma categórico que la Brigada Mecanizada N° 10, a la que pertenecían el Regimiento Mecanizado N° 3 de Villegas y Tries, así como el 6 y el 7 viajaron a Malvinas «sin sus vehículos mecanizados y sin sus camiones». Se dirá, con ra-

zón, que la turba, ese suelo fangoso tan propio de las islas, y las necesidades logísticas de transporte de los vehículos hacia las islas explican de sobra esa decisión, pero también cabe referir, como tendremos ocasión de explicar más adelante, que los ingleses utilizaron ciertos vehículos oruga de baja presión horizontal que dieron un buen resultado en la campaña. La ausencia de la potencia de fuego embarcada en los vehículos mecanizados —algo inherente a estas unidades— habría permitido mayor confianza en las posiciones de defensa, que al fin y al cabo eran de todo menos móviles. No se hizo un estudio serio de logística, de abastecimiento, no hay posibilidad de secarse y «vivir» mojado todo el día, tal y como lo cuenta Esteban: «El pozo de zorro se inundaba siempre en cuanto brotaba el agua de la turba sobre eso de las seis o las siete de la tarde. No había luz y tirábamos una cuerda entres los pozos para ubicarlos y no perder su localización de noche. Dormíamos poco, a guardias de dos horas. En cada pozo de zorro convivíamos dos. En nuestra compañía teníamos siete en total. Muchos sufrieron pie de trinchera con una bota que sin embargo era bastante mejor que la de los ingleses. La turba, que es un mezclado entre raíces y tierra, se inunda con las lluvias y lo impregna todo. Los camiones se atascan y los únicos medios para moverse son el helicóptero, las motos, o bien andar al paso. Llegamos el domingo de Pascua del 11 de abril. No estábamos en guerra, nadie pensaba en el enfrentamiento. Lo primero que percibes es el viento frío y la lluvia, que a veces te golpea horizontal como si fueran pequeños cristalitos que rompen en tu propia cara. Años más tarde, cuando volvimos a Malvinas, no tuve la sensación de “estar en casa” hasta que por fin un día decidimos caminar y nos inundó la lluvia y nos golpeó la cara. Entonces sí. Cambiamos de percepción sobre la situación el 1 de mayo aunque antes, en torno al 27 o el 28

de abril, ya comenzaron los primeros bombardeos navales y tuvo lugar el comienzo de una suerte de simulacro de desembarco». Cuando estallan las primeras bombas, Villegas, ese sargento curtido, líder de la compañía de conscriptos, que está confiado de sí mismo, de sus posibilidades, de su «área de responsabilidad», no tiene inconveniente en reconocer el miedo. Le tiemblan las piernas y quiere esconderse para que los muchachos no lo vean. Reflexiona, domina el pánico y las bombas caen. Superará el momento y, llegado el día, tomará el mando de la compañía en el asalto a Wireless Ridge en la madrugada del 14 de junio. Todavía hoy tiene un vago recuerdo de haber visto helicópteros grises en alguna parte durante esos últimos días de abril. Eran helicópteros ingleses que infiltraban comandos de observación.

En general, y para el lector que se acerca por primera vez a los hechos, hay que decir que efectivamente el 1 de mayo fue el día en el que comenzaron en las Islas Malvinas las acciones de combate. Todo arrancó a las cuatro de la mañana, cuando aviones *Vulcan* de la *Royal Air Force* (RAF) bombardearon las instalaciones del aeropuerto de Puerto Argentino con bombas que hicieron temblar la tierra. La operación, muy cuestionada, perseguía la anulación del riesgo de que la pista pudiera servir de operación a los aviones de caza y ataque argentinos, que de haber operado desde allí —en lugar de desde el continente— habrían dispuesto de una autonomía de combate mucho mayor (tiempo sobre el objetivo). A este bombardeo siguieron acciones de los *Sea Harrier* de la flota sobre la zona y sobre la Pradera del Ganso, además de los ya referidos bombardeos navales que fueron respondidos con las primeras salidas de aviones *Mirage* y *Dagger* de la Fuerza Aérea Argentina desde el continente.

Sin embargo, las acciones bélicas, como ya sabemos, en realidad comenzaron el 26 de abril con la toma de las Georgias del Sur en la llamada operación *Paraquet*. Es fácil por tanto interpretar el efecto que sobre esa compañía de infantes debió de tener todo ese fuego desatado y los combates a cara de perro entre los pilotos ingleses y argentinos. A veces me pregunto si todavía hoy Villegas y Tries son conscientes de que durante aquellos días de «bautismo de fuego», Castro Fox y otros marinos argentinos se aprestaban a ofrecer su vida bombardeando con sus aviones a la flota inglesa desde el portaaviones *25 de Mayo*, esperando unos nudos de viento que nunca llegaron y sabiendo de todas... todas que algunos no iban a volver; y si acaso sabían que el submarino *San Luis* acechaba en las profundidades tratando de localizar al enemigo; y también, del nerviosismo y de la espera de un piloto de *Sea Harrier* sentado en su cabina esperando en su turno de guardia para despegar y enfrentarse al enemigo. Si sabían acaso que Gustavo Piuma andaba aturdido caminando por la Gran Malvina tras haber sido derribado por un misil inglés cuando volaba su *Mirage V* sobre las islas en busca de blancos. Aquello fue la guerra total.

También hablamos de lo religioso. Dice Esteban: «Nos dieron diez mil rosarios y lo rezábamos cada noche. Te sentías bien. Empecé a hablar con Dios. Había también judíos que alguna vez preguntaban a los sacerdotes. Como no había rabinos, la respuesta de los padres era que “*acá somos todos hijos de Dios*”». Ciertamente es este un aspecto controvertido del que se apresta al combate. Así como Esteban explica el gran beneficio de la espiritualidad en el combate, otros, sin embargo, no lo ven tan claro. En los previos al supremo ofrecimiento de la vida no hay unanimidad respecto de si las referencias al Todopoderoso, si la evocación

al «más allá» como lugar de eterno descanso, ahí donde radica la recompensa al sacrificio, obra realmente como un acicate o más bien como un factor depresivo del combatiente. Los muy religiosos enseguida patrocinan las bendiciones, los hisopos esparciendo agua, las persignaciones y los rezos mientras que algunos mandos, que conocen bien a sus soldados, prefieren evitar toda esa mística y favorecen, más bien al contrario, el espíritu de lucha y por ende... el de supervivencia. En total, durante toda la campaña, hasta 11 presbíteros y reverendos prestaron servicios religiosos que, al margen del rezo del Santo Rosario, comprendieron la administración de los sacramentos del bautismo, eucaristía, unción de los enfermos, entierros, confesión individual y absolución colectiva, previa recomendación sobre el sincero arrepentimiento y el firme propósito de confesión «en la primera oportunidad o, a más tardar, un mes después del regreso al continente». Fue el presbítero D. José Fernández quien cerró con una alocución espiritual las emisiones de la televisión de Puerto Argentino tras la capitulación.

Me interesa hablar ahora de la alimentación. Este es uno de los temas centrales de crítica respecto a la planificación de la guerra. En eso no me esconden un sincero reproche. «Llegamos mal paridos», me dice Manuel en casa de Esteban. «Mi subteniente, terminada la guerra, nos contaba que le daba vergüenza estar preparando en Río Gallegos sándwiches de milanesa con una manzana en bolsitas de nailon para la tropa». Con esto cruzaron a las Islas. Cuando el Regimiento llegó a Malvinas el buque con los aprovisionamientos estaba en Buenos Aires. En este punto me intereso por las famosas «raciones de combate». No se comprende cómo el Ejército Argentino se empeñó en transportar cocinas y utensilios para preparar rancho ca-

liente que, por otra parte, «nunca llegó caliente a donde debía de llegar» y que a medida que la guerra avanzaba se hizo corto, cortito, y desprovisto de sustancia. Hubiese sido mucho más fácil llevar raciones de combate empaquetadas. Bien es verdad que habrían hecho falta cerca de un millón de ellas. Logística, planificación, reservas. Conceptos y lecciones que sacar de una guerra inaudita que pilló a todos por sorpresa. La diferencia es que los ingleses estaban acostumbrados a ir donde hiciese falta y preparados para movilizarse en pocas horas por causa de la Guerra Fría. Algunas raciones, pocas, sí llegaron. Villegas describe su contenido: «Una botellita de whisky Criadores, de la que salía fuego. También había en la ración un atadito de cigarrillos, unos fósforos, dos paquetes de galletitas, dos mermeladitas, dos sobrecitos de azúcar, una chapita para calentar y dos latas de comida. Caballa o atún, albóndigas con arroz, o bien de pasta». Fácil habría sido encargar miles de esas raciones en lugar de cocinar. Menos mal que en la guerra el organismo se adapta a todo y hay quien va al cuarto de baño tan solo una vez por semana. Para colmo nadie se dio cuenta de que en las Malvinas no hay leña, la cocina prendía con una resina y viajaba en un cilindro de acero, el «tacho», que se preparaba «tan solo» a unos mil quinientos metros. A pesar de que tenía tapa, la comida llegaba fría, escasa, y lavada, esto es sin condimento... sin trocitos sustanciosos. Dice Manuel: «Desde el principio se comió mal. Para el desayuno juntábamos entre cinco soldados las raciones de leche en polvo que nos daban en cucharaditas que el viento se llevaba y había que cuidar». Villegas entonces se acuerda de las diferencias entre los diferentes cuerpos. «Cada arma se estructuró a su modo. Los infantes de marina viajaron mucho mejor organizados. Recuerdo cómo en una ocasión un soldado de Fuerza Aérea se quejaba de que le daban «demasiado» chocolate, sin acompaña-

miento. Ellos leían todos los días la prensa porque la traían sus aviones. Cada fuerza preparó para lo de ellos».

Se suscita aquí un asunto de especial interés en el área de las operaciones militares conjuntas, en tanto y en cuanto parece obvio que lo ideal es que cada unidad, al menos al tamaño de un regimiento (750 hombres), tenga resuelta su intendencia con recursos propios y organizados, e incluso si me apuran, característicos, a modo incluso de estímulo para la sana competencia entre las fuerzas. Ahora bien, ¿cómo se administra la falta de vehículos para transportar el «tacho» y evitar así que llegue frío?, ¿cómo se explica ese racionamiento desalentador de tan solo dos comidas diarias ya desde el principio?, ¿quién fue el dietista que abogó por ese caldo insípido?, ¿tomaron pasta con tomate los soldados del Regimiento Mecanizado 3 alguna vez durante sus días en Malvinas? Hay que ser un perfecto incompetente para planificar la alimentación de esa manera. Habría sido mejor dejarse de cocinar y resolver el asunto con raciones de combate listas a tiro de piedra del pozo de zorro... incluso en la propia mochila. En suma, esto del comer en la milicia es casi más importante que las propias balas y todo apunta a que en Malvinas se hizo rematadamente mal: «No probábamos bocado desde el desayuno hasta las cuatro o cinco de la tarde, en la que se servía lo que era a la vez comida y cena, para simplificar. El nivel del “tacho” fue bajando a medida que avanzaron los combates, y eso que tan solo estábamos a menos de dos kilómetros de Puerto Argentino. En esas circunstancias, los chicos bajaban de noche a robar al pueblo. “Mi sargento, ¡tenemos hambre!”. “Que sepan que, si los atrapan, les harán un sumario al volver, y después al presidio militar”, les decía Villegas. “Yo prefiero pasar un poco de hambre... ahora... consciente... Yo no les puedo prohibir... yo también paso

hambre”». Trataban de robar comida en las casas vacías que estaban marcadas con una señal evidente de «prohibido entrar», que era como decir «aquí no hay nadie». «Yo me iré a mi carpa y me meteré a dormir sin que sepa nada de lo que ustedes van a hacer». Manuel después autorizó y participó en varias razias de corderos, algunas de ellas dignas de contarse.

Tampoco se comprende este asunto de los corderos. La obsesión inicial por preservar la propiedad privada —y los corderos eran la *concreta* materialización de la propiedad— no se justifica una vez que comenzaron los combates o cuando la cosa empezó a complicarse. Bien podría haberse hecho de forma organizada, llevando un registro, y comprometiendo su pago tras el fin de la guerra. Otra gran contradicción de quien va a las islas sin pensar que va a combatir. En esta reflexión cobra interés trasladar al lector que la interpretación nuclear del modo y forma de la preparación argentina que aquí se formula fue juzgada también por acreditados expertos, que sostuvieron que la Argentina nunca pensó en la guerra hasta el mismo inicio de los combates y condujo así sus previsiones bajo un prisma netamente diplomático, muy al contrario de los ingleses, quienes desde el primer momento fueron «a la guerra», subordinando todo su actuar a esa máxima estratégica³. Otro ejemplo de esa forma tan particular de concebir la operación fue el envío de televisores en color para los *kelpers* en lugar de munición. Esteban piensa que, en relación con el tema de los corderos, habría que haber actuado con más elasticidad. «Hoy nos llevamos mil y cuando termine los pa-

3. Así, las conclusiones del almirante U.S. Navy Harry D. Train II, comandante en jefe de la Flota del Atlántico y comandante en jefe de la OTAN durante el conflicto, que pueden consultarse en el Boletín del Centro Naval N° 834. *Malvinas. «Un caso de estudio»*. 2012.

gamos». ¿Llegó la señal de los canales argentinos a esos televisores nuevos?

Después de la guerra se comentó mucho respecto de las provisiones que llegaban o no a Puerto Argentino; se hablaba de los víveres hallados en el buque *Almirante Irizar* y de galpones repletos de comida. Fuere como fuere la organización de todo el sistema de alimentación se revela desastrosa, al menos para las unidades que no fueron ubicadas en el mismo Puerto Argentino. No se conoce noticia de provisión de café o té, o acaso medialunas, ni tampoco la provisión de un sándwich frío o de una empanada durante las guardias de noche; tan necesarios para no convertir esas horas de vigilancia robadas al sueño en una suerte de desesperación ansiosa cuyo único premio, al alba, será la leche en polvo a rejuntrar con los demás y un poco de mate. El agua brilló por su ausencia, se recurría a la nieve y al hielo, y eso durante varias semanas. Sin embargo, reconociendo esas carencias, estos soldados niegan que se pueda inferir de esa lectura un cuadro de impericia, desastre y un total abandono que los llevase a una falta de combatividad o de disciplina, porque lo que recuerdan con más nitidez es cuando, jugándose la vida, treparon las lomas de Wireless Ridge disparando a todas partes para defender la posición. Aguantaron, se adaptaron y lucharon, aun comiendo muy mal.

Pregunto ahora sobre el regreso. Para Esteban fue mucho peor que la propia guerra. «Cuando volvés derrotado nadie te espera. Volvés a lo de antes, tras experimentar esa locura tan intensa, y tan breve. Tu cabeza no está preparada para esa calesita. Vuelves a esa vida mundana, ordinaria, tan distinta del combate, pareciera que efectivamente tenés que olvidar ese paréntesis y convertirte de nuevo en un

ciudadano normal. Traté de encontrar trabajo en tres empresas y en las tres me rechazaron». El tópico del *loquito* de la guerra es más que cierto. Esteban cuenta que en la empresa donde trabajaba antes de la movilización no querían pagarle las dos mensualidades devengadas durante la guerra... «¡Pero si vos no trabajaste!», le dijeron. «¿Qué hago?... ¿Lo mato?», se preguntó. «Hubo mucha gente que no tenía barreras ni elementos de contención para el impacto del regreso y para *ese* preciso regreso. A nadie le interesaba que hablásemos de Malvinas. No había una sociedad preparada para recibirnos. ¡No hablés!, nos decían. Pensás que en cualquier momento te va a saltar la chaveta. Esperé 20 años para hablar. Yo tuve una familia, un barrio, un grupo de amigos, un club de fútbol que me dio contención. Otros no tuvieron tanta suerte. Los veteranos fuimos barridos y ¡jojo!, que estamos hablando de los supervivientes. Las familias de los caídos sufrieron también mucho, por cada caído hay otra víctima. Recuerdo casos como los del flaco que a través del teléfono nos pedía ayuda. Nos decía que cualquier día “me tiro al primer camión que pase” y organizamos un asado para vernos, levantarle el ánimo y ponerlo en contacto con un pastor evangelista. Vivimos en un país que practicó el abandono. Volvimos en silencio, con las ventanas de los micros tapadas. De noche». Esteban volvió en el transatlántico *Canberra* como prisionero. «Ningún familiar sabía que habíamos entrado en combate porque lo hicimos el último día». Cuando lo llevaban a Campo de Mayo⁴ su madre lo esperaba a la salida. Sacó el brazo por la ventana de arriba y madre e hijo pudieron entrelazar sus manos. Más tarde decidió finalmente «desaparecer» y marcharse tras la firma de una declaración en la que reco-

4. Nombre con el que se conoce a uno de los principales acuartelamientos del país, cerca de Buenos Aires.

nocían que «todo había estado bien». Los taxistas, los conductores de colectivos y muchos otros —como el caso de personal de Aerolíneas Argentinas— llevaron a los «pibes» a sus casas sin cobrar, a donde llegaron de vuelta a esa vida que habían dejado dos meses atrás para no recuperarla jamás.

Los ingleses, por el contrario, disponen de toda una red organizada que vela por el veterano, por el herido, y por los familiares de los caídos; tienen interiorizada la guerra con pasmosa naturalidad, sin perjuicio de que igualmente, allí, en Gran Bretaña, la guerra de las Malvinas provocó heridas que todavía no cicatrizan. También en Reino Unido se dieron suicidios y surgió la necesidad de comprender y de acoger. La South Atlantic Medal Association (SAMA) estima en 264 el número de excombatientes británicos fallecidos después de la guerra en circunstancias extraordinarias (el suicidio es siempre controvertido y complicado de determinar como causa indubitada de la muerte), una cifra superior a los muertos en combate. El dato es severamente cuestionado por las propias estadísticas del Ministerio de Defensa, que para el período 1982 a 2013 estima que tan solo en el 7% del total de los fallecidos lo fueron por suicidio. También en Inglaterra la guerra es motivo de pleitos y causas judiciales. En todo caso, es una sociedad acostumbrada a reconocer al excombatiente y a honrar su servicio.

Manuel Villegas regresó convaliente en el buque *Almirante Irizar*. Nadie los esperaba, y no hubo palabras ni arengas a su desembarco. Silencio y oscuridad. Estuvo hospitalizado un buen tiempo en la ciudad de Comodoro Rivadavia y trató de engañar a su mujer sobre la gravedad de sus heridas, bien es verdad que sin mucho éxito. Vivió anéc-

dotas curiosas durante aquellos días. Recuerda por ejemplo cuando el hospital pidió ayuda a la población para acompañar a los enfermos más leves a un paseo por la ciudad. La cola de voluntarios era impresionante, o aquel otro día en el que se pidió televisores para poder ver el Mundial de fútbol. Acudieron miles con el suyo propio... que no es que tuvieran dos. Son las diferencias de cómo se vivió la guerra en el sur y de cómo se vivió en el norte, donde todo seguía igual. En el sur, en las ciudades de Bahía Blanca, en Comodoro, en Río Gallegos, en Trelew, los chicos en las escuelas hacían simulacros de emergencia para el caso de ataques aéreos, se oscurecían las ventanas de las casas con papel celofán, los faros de los autos se tapaban y había jefes de manzana que vigilaban el cumplimiento de esas normas. Manuel también recuerda la visita de Amalia Lacroze de Fortabat, una de las mujeres más ricas del país. «Me contaron tu historia y quiero hacerte un regalo. Algo necesitarás. ¿Tenés casa?, ¿tenés auto?». «Yo no quería nada», me dice Manuel. «“Yo me organicé siempre en colectivo, señora, y anduve bien”, le contesté».

En el trato con Villegas, siempre sencillo, comprometido, austero, he comprobado ese dicho tan cierto de que «no es más feliz quien más tiene». Pasar un rato con él es suficiente para aprender lo que es esencial en esta vida y lo importante que es «andar de frente» sin demasiado equipaje ni andar fatuo. La señora rica cumplió con todos sus compromisos e incluso compró taxis a más de uno, casas, e incluso a otro le compró un camión. También recuerda los presentes de los humildes, de los desarraigados, como aquella señora que calzaba unas alpargatas rotas pero que apareció por la habitación con un filete de milanesa enorme que probablemente nunca probó en su casa. El general Menéndez se presentó en varias ocasiones para ver a los

convalecientes, pero Manuel evitó el encuentro. Años más tarde decidió romper esa distancia, se vieron y hablaron de la guerra.

Como tantos otros veteranos, Manuel y Esteban decidieron volver a las islas hace unos años. «Fue muy duro. Banderas británicas por todas partes. La vuelta a las islas fue terrible, si lo llego a saber antes me lo pienso dos veces», cuenta Villegas. «Fuimos con un grupo de civiles, salíamos a caminar... a recordar. Recibimos siempre un trato distante. Cuando va un veterano se practica el rechazo. Se ve a muy pocos niños. Hay muchas nacionalidades distintas, muchos chilenos, gente de la isla de Santa Elena, filipinos... Los militares ingleses se quedan en la base de Monte Agradable, allí tienen de todo. En Puerto Argentino no hay nada. Los chilenos trabajan dos años, vuelven a su país y se compran la casa. Hacíamos sobremesa después de cenar. Un grupo de 40, menú fijo para todos». Para Manuel no fue agradable, lo recuerda con amargura. «Hay una indiferencia tremenda de los tipos. Los dos negocios más importantes de la ciudad tienen un mapa de toda Sudamérica; en la zona del Mar Argentino se puede leer “Mar de Mierda”. Fuimos a comer torta a una casa de té en Goose Green. La dueña se enfadó cuando traté de darle la mano, tuve que salir a calmarme fuera de la casa».

En verdad, es cierto que la mayoría de los veteranos trata en algún momento de «volver». No puedo juzgar esa voluntad, porque sencillamente no puedo ni acaso imaginar los sentimientos y los recuerdos de un excombatiente y las sensaciones que lo embargan al volver. Muchos descubren su «pozo de zorro», allá donde anduvieron agazapados tantas noches. Algún piloto como Gustavo Piuma pudo incluso ver la cola de su caza derribado, que aún permanece allí,

treinta años después. También en Reino Unido abundan los regresos. Todos los protagonistas a los que he conocido han vuelto, algunos incluso más de una vez, desde tan lejos. Imagino que en el caso argentino habrá experiencias distintas según cada cual, pero en todo caso se atisba una necesidad de pasar la página y de cerrar un capítulo vital tan determinante en sus vidas, que necesita poco a poco reinterpretarse con la ayuda de todos.

Hubo otros infantes como Javier Ramos, infante de marina. Él me acompañó siempre durante mi estancia en Buenos Aires; me animó, me procuró entrevistas, me hizo sentir un poco como en casa y me contó cosas, casi más con la mirada que con su palabra. Es uno de esos cientos de veteranos que tratan también de recuperar la memoria, que tratan de vivir con orgullo su participación en la guerra, aun derrotados. Su figura, alta y fornida, se pasea hoy por los lugares de la didáctica, de la explicación de lo que pasó: emisoras de radio, conferencias, libros. Ha escrito uno que se titula *Isla Borbón*⁵, que es donde le tocó combatir formando parte del equipo de combate «Montalvo». La isla está situada al norte y al oeste de la salida del estrecho de San Carlos, donde tuvo asiento un destacamento aéreo de aviones *Pucará* que una noche fue atacado por los comandos del *Special Air Service* (SAS) británico. La isla Borbón queda muy cerca de por donde pasó sigilosa... escondida entre la bruma, toda la flota de desembarco británica que mandaba el comodoro Clapp, camino de su objetivo en la noche del 20 al 21 de mayo. También fue el lugar desde donde se observó la muerte a distancia, no lejos de allí, del destructor inglés *Coventry*, que zozobró en media hora llevándose veinte almas consigo tras recibir los impactos de las bom-

5. *Isla Borbón*. Javier E. Ramos. Ed. Argentinidad. Buenos Aires. 2013.

bas de los *A4 Skyhawk* de la Fuerza Aérea. Allí también se pudo ver a uno de los misiles Sea Dart ingleses explosionando en lo alto, allá en el cielo, contra uno de los aviones del Escuadrón Fénix. Javier lo vio con sus propios ojos. Ahí queda su relato de esos días de guerra. Reivindica su condición de veterano de la Guerra de Malvinas y siente orgullo por su Cuerpo, por la Infantería de Marina, que lejos de la Isla Borbón, en Puerto Argentino, obró como una de las fuerzas principales de defensa del perímetro de la capital. Ya comenté al principio que las fuerzas de infantes de marina que tomaron las islas el 2 de abril regresaron de inmediato al continente. Pocas semanas más tarde se decidió trasladar a las islas al Batallón de Infantería de Marina N° 5 (aproximadamente 950 hombres) que, a diferencia de los del N° 2, se encontraban en Tierra del Fuego conformando la primera línea de defensa frente a un posible ataque chileno, latente desde la crisis del Beagle. También cavaron pozos de zorro, también soportaron el fuego naval que poco a poco, me dicen, se fue convirtiendo en un fuego «de perturbación» que no mata pero que tampoco deja dormir. «Uno se va acostumbrando. Quien diga que no siente miedo, o miente o está loco, lo importante es cómo superarlo hasta que llega un momento en que asumes que ahí puedes dejar el cuero. Si me toca, que sea rápido, que no sufra, que no quede amputado, partido, hecho trizas». El primer día de bombardeo naval, cuando están tirados en el pozo escuchando las explosiones de los tiros de los barcos ingleses se oye ruido en el interior, muy próximo, como un tac, tac... Son las rodillas del oficial al mando, es la tensión del momento que escapa por cualquier lado, instantivamente, para canalizar ese miedo. Se habla de la conducción de las tropas, de la jefatura. Se explica con mucho énfasis la diferencia radical entre conducir por jerarquía y hacerlo por verdadero liderazgo. En la guerra, la voluntad

de continuar vivo limita la influencia del incompetente, que pronto queda superado, o eliminado.

Al líder se le sigue, se le venera, la conducción por jerarquía es otra cosa, es la simple conducción obediente. El BIM 5 combatió con vigor, su adiestramiento en las tierras del sur, lindando con el Estrecho de Magallanes, estaba basado en el movimiento. Su función allá era resistir una hipotética embestida chilena hacia Río Grande por las «avenidas de invasión». Un total de 80 kilómetros que serían defendidos «hasta la muerte» para permitir la llegada de las grandes unidades con asientos patagónicos, más al norte, para devolver el golpe. Todo un conjunto de posiciones de resistencia a través de las que ganar tiempo por espacio hasta llegar a la última línea, en la que debían resistir hasta el final. Su filosofía de combate descansaba en la potencia de fuego para resistir al máximo en cada una de las posiciones, que eran seis, pero en especial en la movilidad, imprescindible para poder saltar de una a otra. La movilidad, Malvinas y la movilidad. Esa en la que se entrenaban fue la que no tuvieron. No viajaron los vehículos porque ya era tarde, ya no se podía. La posición en las islas fue estática, quieta en el mismo sitio, porque... aunque hubiesen llevado vehículos estaba la dichosa turba. Ellos la conocían, en sus terrenos de maniobras en Tierra del Fuego también la sufrían, pero allí había caminos de vez en cuando y zonas extensas más o menos transitables; aprendían a jugar con la presión de los neumáticos para poder avanzar. En Malvinas no había nada de eso, no había caminos, solo turba. Cambiar de posición, avanzar, retroceder, ir a izquierda o a derecha. Era imposible. Se dio el caso de una sección de mortero que sí se movió, tan solo una vez durante toda la guerra, tan solo ciento cincuenta metros. Lo hizo «a la egipcia», en fila, todos uno detrás de otro llevando piezas y

munición. Cada mortero pesa 300 kilos y en la sección hay siete. Cada caja de munición lleva dos proyectiles, cada uno de 50 kilos. La última noche se tiran 600 disparos. Lo dicho, hay que moverse, tan solo una vez, «a la egipcia», como en las pirámides, desmontar los morteros y a moverse. Eso no es movilidad. Hacían falta helicópteros. Los infantes de marina aguantan la posición hasta que reciben la orden de repliegue, son los últimos y entran con sus armas a Puerto Argentino, cruzándose con los ingleses que ya ocupan la capital. Es el fin, pero todavía queda una última misión que cumplir: recoger cadáveres, recuperar articulaciones perdidas, piernas, brazos, quebrar cuerpos congelados para que puedan entrar en las bolsas. Argentinos e ingleses van ahora juntos por la turba buscando allí y allá y vuelven a mancharse las manos de sangre.

Unos días más tarde, el regreso. Un oficial infante de marina sube al *Bahía Paraíso* para volver a casa y se baña seis veces, una tras otra. Cuando me habla, me dice una y otra vez lo mismo: «Perdimos, sí, pero cumplimos con el deber asignado», y luego me dice otra, «adiestramiento, adiestramiento, nosotros estábamos muy adiestrados» y uno entonces vuelve a analizar los tiempos de la guerra, las decisiones tomadas, el porqué volvió el BIM 2 al continente, en esos informes que señalaban a San Carlos como punto de desembarco, en si acaso los leyó Menéndez, ¿le llegaron?, uno vuelve a pensar en más helicópteros, en más artillería... en los paracaidistas; mas fueron tan solo setenta y cuatro días.